

concluye, que se pretendia con injusticia atribuir al culto de los dioses la prosperidad del Imperio, ó sus desventuras al establecimiento del cristianismo.

12. Esforzando cada vez este principio, „hubo, prosigue, otros grandes estados que sufrieron por mucho tiempo reveses y calamidades, y cayeron por fin en una total decadencia. Tales son entre otros los famosos reinos de los Asirios, de los Persas y Egipcios: luego ó los dioses no tuvieron parte en su suerte, ó la proteccion de estas divinidades es inútil. Los Judíos por otra parte adoradores de un solo Dios gozaron sus dias de gloria y de prosperidad.” La grandeza de los Imperios sin embargo no es efecto del acaso ni de un destino ciego y sin poder alguno, sino obra de la Providencia ó del Ser Supremo, que disponiendo de las mayores y mas grandes cosas, atiende por su inmensa grandeza al cuidado de las mas pequeñas. Plúgole recompensar con las prosperidades temporales las virtudes humanas de los antiguos Romanos, su frugalidad, su moderacion, su desinterés personal, su celo por el bien público, y la generosidad de su valor; aunque estas cualidades brillantes fuesen casi siempre obra del amor propio, que enfrenaba los demás vicios, pero vicios mas criminales que la vanidad. Así el Remunerador Todopoderoso y magnífico, que honra hasta los menores vestigios de virtud, y que la corona en el mismo cieno con que se desfigura, concedió á los Romanos el poder y dominio en que hacian consistir la felicidad; pero para que no se creyese necesario el culto de los dioses para reinar, otorgó el

Dios de los dioses un reinado feliz y largo al gran Constantino, enemigo de los ídolos. Por una conducta contraria, aunque igualmente sabia y santa, para que los Emperadores no fuesen Cristianos precisamente por gozar de los bienes temporales, sacó de este mundo al religioso Joviano mas pronto que á Juliano apóstata; y como árbitro absoluto de las causas como de los efectos, hizo triunfar las armas del piadoso Teodosio, y permitió que la virtud de Graciano fuese víctima de un tirano cruel.

13. Observemos de paso que las desgracias temporales no siempre son en esta vida penas del pecado; y que este error es tan contrario á los principios de San Agustin, como al sentimiento de la Iglesia que le ha condenado. Dice este Padre espresamente, que las adversidades fueron para Job prueba de su virtud; y aun añade, que con independenciam de las faltas que cometen los hombres mas justos y de las penas temporales que por esto merecen, el Señor quiso que los bienes y los males de esta vida fuesen comunes á los buenos y á los malos; por esto preparó para lo futuro bienes y males que harán separadamente la felicidad ó la desgracia de unos y otros: economía sabia, que nos muestra al mismo tiempo el desprecio que Dios hace y se debe hacer de los bienes de esta vida por la indignidad de aquellos á quien los abandona. No quiso dar lugar de este modo á los hombres á que se precipitasen en una desgracia sin medida y sin fin por el temor de lo que llaman males, y los distribuyó ordinariamente á sus amigos, como

sus mas preciosos favores. Si ningun pecado castigase aquí de un modo sensible, creeria el hombre que no hay Providencia; y si todos fueran castigados en este mundo, se persuadiria de que nada se reserva para el último juicio. Acontece lo propio con los bienes aparentes de esta vida: si Dios no los concediera á ninguno de sus siervos, pareceria que estos bienes no dependen de él; y si los diese á todos sus adoradores fieles, no le serviríamos sino por este género de recompensas. Así la piedad no tendria otro estímulo que la codicia, y el espíritu bajo y carnal de la ley de servidumbre ocuparia el lugar de la ley del espíritu y del amor de los bienes invisibles (1).

Enseñanos San Agustin tambien á no emplear sino sabiamente las amenazas y las recompensas temporales, para escitar igualmente á la huida del vicio y á la práctica de la virtud. Es necesario con efecto procurar no proponer con mas celo que discrecion los contratiempos de los enemigos de la Iglesia, como otros tantos castigos divinos, y las ventajas de sus defensores, como pruebas incontestables de la verdad. Pueden estas promesas y estas amenazas deslumbrar por un momento á los sencillos; pero cuando las ven sin efecto, como acaece las mas de las veces en la conducta casi siempre impenetrable de la Providencia, entonces lo que debia hacer el apoyo de la fe, viene á ser su escándalo. Es necesario con la piedad acudir en mil ocasiones á la profundidad de los jui-

(1) *August. de Civit. Dei lib. 1. cap. 8.*

cios divinos; pues cuando las pruebas de induccion no son siempre concluyentes, nada significan.

14. Insiste el santo Doctor sobre la resurreccion de Jesucristo, á lo último del tratado, principalmente en el libro veintiuno, como el testimonio mas convincente de su Divinidad, y de la verdad de nuestra Religion: deduciendo las pruebas de esta resurreccion, de que el mundo entero la creyó sobre la predicacion de los Apóstoles. „He aquí, dice, tres cosas inconcebibles, á saber, que Jesucristo resucitó, que el mundo ha creído una cosa tan dudosa, y que un corto número de hombres groseros é ignorantes la persuadieron á los mismos sabios. No quieren nuestros contrarios creer la primera: ven y confiesan la segunda; y son incapaces de decir cómo sucedió, si no es por la tercera. Aquellos hombres despreciables que decian haber visto á Jesucristo subir al cielo, no solo lo aseguraban, sino que lo confirmaban con los mayores milagros, y esto en el siglo mas ilustrado y menos crédulo. ¿Por qué pues, dirá alguno, no se hacen semejantes milagros? Porque no son de la misma necesidad desde que la fe del mundo entero nos suministra uno siempre subsistente. Y se obran aun por mas que no tengan la misma celebridad, y sean poco conocidos fuera de los lugares en donde se hacen.” Refiere sobre este particular hasta veintidos milagros, de que da fe por haberlos visto él mismo, ú oído de testigos oculares á quienes conocia; añadiendo que omite un número incomparablemente mayor.

15. Consiguió de Orosio que escribiese su histo-

ria, para dar mas peso á una obra tan importante á la Religion, la que efectivamente contribuyó á sostener la gloria y buen éxito del escrito de la Ciudad de Dios. Regresaba de Palestina el historiador español por África, conforme á su promesa, con las cartas de Héros y Lázaro contra Pelagio. Era á la sazón España teatro lúgubre de las desolaciones de innumerables y crueles enjambres de bárbaros, por lo que no pudo Orosio regresar al seno de su patria tan pronto como deseaba. Empezó su historia en este intervalo, segun se cree, en la que recorre sumariamente las diferentes edades del mundo desde el diluvio hasta su tiempo; pero como su principal objeto era la edificación de los Romanos, se estiende mucho mas sobre la historia romana que sobre las demás. Reune todos los sucesos propios para hacer ver á los Paganos, que en todos tiempos y en todos los cultos el género humano habia padecido los mismos azotes que se sufrían entonces.

16. Traía Orosio á España algunas reliquias de San Estévan, las primeras del príncipe de los Mártires que habian llegado á Occidente (1). Habian sido descubiertos pocos años antes estos preciosos despojos por medio de la revelación hecha por tres diferentes veces á un santo Sacerdote llamado Luciano, y establecido en la Iglesia de Jerusalem desde el tiempo en que el Obispo Juan se hallaba en el Concilio de Dióspolis. Despues de la tercera aparicion de Gamaliel,

(1) *Marcel. Chron. ann. 418. Epist. Lucian. num. 8. Phot. cap. 17.*

enterrado con su hijo Abibon y su amigo Nicodemo en el mismo lugar que San Estévan cerca del arrabal de Cafargamala, es decir, arrabal de Gamaliel, temiendo Luciano resistir á la orden de Dios, fue á referirlo todo á su Obispo. Este derramando lágrimas de alegría y alabando á Dios, le mostró un monton de piedras en un campo particular, en donde le mandó cavar. Ya tenia el Obispo conocimiento de alguna tradicion concerniente al lugar donde yacian estos cuerpos santos; é informó despues Luciano á los habitantes de aquel parage del tesoro depositado en su territorio, convidándolos á que fuesen á cavar con él á la mañana siguiente. Mas aquella noche tuvo revelacion el monge Migeccio, hombre de una vida pura y sencilla, de que aquel monton de piedras no era sino un monumento de luto usado entre los Judíos, y que las santas reliquias descansaban mas al oriente en un viejo monumento que amenazaba ruina. Avisó de esto á Luciano y á los que en vano se fatigaban: así abrieron el túmulo, en el cual encontraron tres cajas ó féretros con una piedra en que estaban grabados en carácter siríaco los nombres de Estévan, Nicodemo, Gamaliel y Abibon.

Comunicaron sin dilacion esta noticia feliz al Obispo Juan, que partió de Dióspolis acompañado de otros dos Obispos, para recoger las reliquias con la solemnidad conveniente. Todos los que estaban inmediatos se sintieron penetrados de un santo horror al abrir el féretro de San Estévan; sintióse muy lejos un temblor de tierra, y se exhaló un olor tan agradable y

tan extraordinario, que los circunstantes le tuvieron por sobrenatural y milagroso. El cuerpo del Mártir estaba reducido á cenizas, á escepcion de los huesos que conservaban toda su frescura, sin haber padecido alteracion alguna; pero estas cenizas sagradas tenian una virtud poderosa.

17. Hubo setenta y tres personas que sanaron repentinamente al abrir el féretro, entre la multitud de enfermos atraidos por la curiosidad ó por la Religion: unas de fiebres, con dolores de las entrañas y cabeza; otras de flujos de sangre, de fístulas inveteradas, de humores frios y de epilepsia. Besaron todos con un profundo respeto las santas reliquias, y despues las encerraron de nuevo; y cantando himnos y salmos, condujeron las de San Estévan á la Iglesia de Sion, en donde habia sido ordenado Diácono, dejando no obstante parte de ellas en Cafargamala, sepulcro honrado por tanto tiempo con su presencia. Esta traslacion se hizo en 26 de Diciembre, en cuyo dia honró despues la Iglesia al santo Mártir, aunque la memoria de esta traslacion se haga hoy el dia 3 de Agosto, sin que sepamos la causa. Cayó una lluvia abundante durante la ceremonia, que previno la hambre con que una larga sequedad amenazaba á todo el pais.

Dió parte de las reliquias que habia guardado el Sacerdote Luciano, es decir, de algunos huesos y alguna parte de las carnes reducida á polvo, á un Sacerdote español llamado Avito que se hallaba ya desde algun tiempo en Palestina, y Avito las envió á

España por Orosio con una relacion del modo con que fueron halladas. Hízoles creer el espíritu de fe que serian un poderoso consuelo en las irrupciones y persecuciones de los bárbaros para el Clero y pueblos de Lusitania; y que nada seria tan propio para alentar el valor de los fieles, como tener presentes los instrumentos del primer triunfo conseguido de los enemigos de la fe.

18. Orosio, despues de haberse detenido algun tiempo en África, quiso por fin entrar en España; pero no pudo, ó no se atrevió á pisar el continente á causa de los bárbaros que le infestaban. Aportó en la isla de Menorca, y permaneció algun tiempo en la ciudad de Magon, hoy Mahon, célebre ya en aquel tiempo por su escelente puerto. Parecia que el espíritu del santo Mártir que con tanto arrojo destruyó la impiedad judaica, habia inspirado á todos los fieles que en gran número corrian á tributar á las reliquias sus honores religiosos. Los Cristianos principiaron por toda la ciudad llena de Judíos á disputar contra ellos sobre la Religion. De estas disputas particulares pasaron á una conferencia pública y formal, y los Judíos se prepararon no tanto con argumentos y doctrina, como con piedras, palos y todo género de instrumentos ofensivos de que llenaron sus sinagogas. Tenian mucha confianza en el poder y riquezas de su gefe, á quien llamaban Patriarca: asimismo dieron este nombre á uno que se llamaba Teodoro que tenia una autoridad extraordinaria, y habia pasado á la isla de Mallorca.

El Obispo Severo se hallaba tambien ausente de Menorca, quien sin dilacion regresó á ella con muchos fieles animados por visiones, que despues acreditó el resultado (1). Túvolas asimismo Teodoro, y facilitaron mucho su conversion. Mandó entretanto el Obispo dar parte á los Judíos de su llegada, y habiendo acudido á la casa en donde estaba alojado, les dijo con benignidad: „hermanos míos, ¿por qué en una ciudad gobernada por leyes Romanas, hicisteis provision de armas y palos, como si tuvierais que haberlas con salteadores y bárbaros? ¿Qué injustos sois! Quereis nuestra muerte, y nosotros no deseamos mas que vuestra vida y salud.” Los Judíos que creían estar su trama oculta y secreta, todo lo negaron con juramento, al oír estas razones. „¿Para qué es perjurar, dijo el Obispo, si la vista sola de los lugares basta para confundiros? Vamos á la sinágora,” y todos fueron cantando un salmo en comun Judíos y Cristianos; pero en el camino unas mugeres judías arrojaron desde las ventajas piedras grandes, bien que á nadie hirieron.

Los fieles por su parte, á pesar de los ruegos y persuasiones del Obispo para contenerlos, acometieron á los Judíos; pero nadie quedó herido en esta ocasion. Apoderáronse sin embargo los Cristianos de la sinagoga, que á la sazón parecia un arsenal; la quemaron despues de haber sacado los libros sagrados, por no verlos profanados, y entregaron la plata á los Judíos para convencerlos de su perfecto desinterés.

(1) *Epist. Sever. de mirac. S. Steph. num. 2.*

De aquí regresaron á la Iglesia con una tranquilidad y moderacion, que dejó como absortos á aquellos, cuya conversion deseaban y pedian al Señor. Obra-ron con eficacia en sus corazones tan santos deseos, y mas que todo la intercesion del santo Mártir. Abjuró al punto el judaismo con tanto fervor el judío Ruben unido íntimamente con Teodoro, que públicamente reprendió á los demás su indocilidad. Fue Teodoro tres dias despues á la sinagoga incendiada, cuyas paredes aun permanecian en pie. Nunca habia mostrado mas celo por la ley judaica, que defendió con todo el ardor y firmeza que puede inspirar la presuncion, cuando repentinamente comenzó á gritar el pueblo Cristiano: *Teodoro, cree en Jesucristo.* Los Judíos al oír esto opinaron que Teodoro creía ya en Jesucristo; y consternados de verse abandonados de su gefe, se derramaron por todas partes: corrian las mugeres con el cabello suelto, llorando y repitiendo: *¿Qué hiciste, Teodoro, qué hiciste?* Quedó en un instante este solo de tantos Judíos como habia, atónito, suspenso y confuso al observar que todos sus hermanos le habian desamparado. *¿Qué temeis?* le dijo entonces Ruben, convertido ya. *El medio mas seguro para vivir, así en este como en el otro mundo, es creer en Jesucristo.*

Entonces recordó Teodoro el sueño misterioso que habia tenido, y notando al rededor de sí monges que cantaban, como en la vision los habia visto, quedó pensativo por algunos momentos. Despues dijo al Obispo y á los Cristianos: „haré lo que deseais, os lo

ofrezco; mas para que mi conversion sea mas útil, dadme tiempo para arengar á mi pueblo." Mostraron todos los fieles su alegría del modo mas espresivo: los mas distinguidos corrian á abrazarle, otros ansiaban oírle, y todos se abalanzaban á verle y aplaudirle. Regresó á su casa, y los Cristianos se dirigieron á la Iglesia á ofrecer en accion de gracias los sagrados misterios, y al salir vieron una multitud de Judíos que venian á pedir al Obispo que se les contase en el número de los siervos de Jesucristo. Tornaron con esto á la Iglesia, en la que de nuevo alabaron y bendijeron al Señor, y el Obispo los puso á todos en el número de los catecúmenos.

No se pudo al otro dia principiar el santo sacrificio sino una hora despues de medio dia: tan ocupado se hallaba el Obispo con los Judíos que se presentaban para ser instruidos. Se aguardaba entretanto con impaciencia que Teodoro cumpliese su oferta, y dijo, que queria convencer antes á su muger que habia quedado en la isla de Mallorca. Pensamiento fue este que los Cristianos aplaudieron; mas el fervor de los Judíos convertidos se ofendió de la dilacion. Teodoro satisfizo sus deseos, siguiendo su egemplo la multitud, y entre otros un viejo de ciento y dos años. Cedieron sin disputar hasta los mismos rabinos: algunos Judíos estrangeros, á quienes urgia hacerse á la vela, quisieron mas perder la ocasion que se les presentaba, que dejar de seguir los movimientos de la gracia. Obstináronse solamente algunas mugeres por algun tiempo. Pasados ocho dias, una de ellas que

habia tomado el partido de huir por mar, conducida de nuevo á la isla, fue á echarse á los pies del Obispo, rogándole con lágrimas que la reconciliase. „¿Pero por qué, la dijo el Prelado, tomasteis el partido de la huida? Aunque el Profeta Jonás, le respondió, intentó ocultarse á los ojos del Señor, no por eso dejó de cumplir su santa voluntad." Por fin, quinientas y cuarenta personas judías se convirtieron en ocho dias, contando desde el 2 de Febrero de este año 418; y demolieron por sí mismos los restos de sus sinagogas. Edificaron despues una hermosa Iglesia, trabajando en ella por sus propias manos los mas distinguidos de su nacion.

19. Notició Severo al Clero y á todos los fieles del universo este feliz suceso, en una carta que se conservó hasta nuestros dias. Presentada á Úzala, en África, al Obispo Evodio, antiguo amigo de San Agustin, se leyó públicamente en la Iglesia un dia que por fortuna recibió tambien reliquias del Mártir, á quien tanto veneraba la Iglesia Africana. He aquí como logró este inestimable tesoro. Oyendo unos monges de Úzala contar á Orosio las maravillas acaecidas en Oriente, encontraron ocasion de procurarse una bottelita con sangre del Mártir San Estévan, y algunos pequeños fragmentos de sus huesos.

20. El Obispo Evodio salió en procesion á recibirlas fuera de la ciudad con pompa y solemnidad conforme á la alegría pública, y el cielo quiso honrar esta primera ceremonia con un milagro. Quedó sano por sola la invocacion del Santo un barbero